

CAPÍTULO II.

UN SUEÑO QUE PARECE REALIDAD.

Sucede casi siempre, ó con harta frecuencia, que al conciliar el sueño después de alguna de esas impresiones que afectan vivamente nuestro cerebro y nuestro corazón, mil imágenes celestiales ó diabólicas vienen á reproducirnos de un modo más terrible ó halagüeño aquello mismo que tanto nos afectara. No es de extrañar, pues, que en cuanto nuestro simpático escritor cerró los ojos en brazos de Morfeo, después de dar mil vueltas en la cama, mientras le daba en su imaginación otras tantas la idea de salir de su oscuridad, se encontrase rápidamente instalado ante un elegante bufete provisto de varios efectos

de escritorio, algunos de gran valor, y en el cual había desordenadamente esparcidos multitud de pliegos manuscritos y emborrionados. Como es consiguiente, trató nuestro jóven de reunirlos y ordenarlos, mas á medida que los iba cogiendo, una invisible mano los arrancaba de las suyas haciéndolos volar todos en la misma dirección, cual numerosa bandada de palomas, sin que una sola hoja se desprendiera de ellos. Desesperábase Enrique, y de buena gana volara tras el último arrebatado á sus manos, cuando vió aparecer una luz en la misma dirección que habian tomado los papeles. Acercóse á ella, que, avivándose á medida de sus pasos, obligóle á cerrar los ojos deslumbrándole con sus fulgores, en tanto que una diminuta mano blanca y sonrosada, cuya tersura envidiara el mismo nácar, iba juntando varios pliegos de papel, mayores que los perdidos y diferentes de aquellos en que éstos eran impresos, formándose al fin un grueso volumen, sobre el cual, de gran ta-

maño, resplandecian unas letras de oro. Con la avidez del sediento ante cuyos ojos brotara un manantial, precipitose Enrique hácia el libro, ávido de leer aquellos caracteres, y aunque con alguna dificultad, por herirle en los ojos los rayos de luz que de ellos emanaban, vió que decian: «*El Mundo á vista de pajaro*, por Enrique de Velasco.» Trémulo de alegría y esperanza, intentó coger el libro, mas fuéle imposible, tan exorbitante era su peso, que no consiguió moverlo siquiera. Probó, sin embargo á abrirlo por las primeras páginas, haciendo uso de toda la fuerza que le daba el veheméntísimo deseo que de leer en ellas tenia; mas ¡oh, admiracion! habíase convertido el papel en oro, cada hoja del libro era una plancha de este precioso metal, y no sin dificultad se leian las palabras en él bruñidas. De pronto, un movimiento en ascension hizole ver que se alzaba del suelo, cogióse maquinalmente al libro por temor de perderlo; inútil precaucion, el libro ascendia con él.

— Puedo juraros que no le conozco; si alguna vez mis ojos descienden hasta él, es por la antipatía que me causa, y aun se me figura que esa mala facha y esa cara de hambre la habré visto alguna vez en mis pesadillas, pues que en otra parte no puede ser.

— ¿Y por qué te mira él á tí?

— Sin duda porque estará cansado de vivir en este mundo y desea que le dé pasaporte para el otro.

— Brava accion harias mandándole á San Pedro tan escuálida estampa, que por no tener valor, ni siquiera la pena merece de ocuparnos de él.

— Tienes razon, Rodolfo; volvamos á tu buena estrella, que hoy como nunea brilla con todos sus fulgores. ¿Cuándo es la boda?

— No se ha fijado todavía, pues mi deliciosa prima ha heredado algunas excen- tricidades del lord su padre, y parece quererme exponer á todas las pruebas ántes de entregarme su hermosísima mano; mas

yo que conozco á las mujeres mejor que ellas mismas, me resigno á todas sus exigencias, pues ellas me prueban su amor y esto me basta.

—¿Y no temes que las tales se conviertan en despotismo despues de la bendicion?

—¡Ca! mal conocéis á las mujeres si así las juzgais; el dia que Adriana sea mi esposa, la pongo más suave que un guante.

El ruido que produce al romperse una botella hizo volver el rostro á nuestros interlocutores, y hubieron de fijarse en el jóven de quien con tanto desprecio habian hablado, que de pie, con los ojos encendidos y cárdenos los labios, forzaba á salir de ellos una amarga sonrisa mientras decía:

—No... no ha sido nada... una botella que se me cayó de la mano.

Un hábil observador no hubiera dejado de comprender el estado de excitacion en que aquel hombre se encontraba. Con la vista fija en el baroncito, su crispada mano apretaba convulsivamente la silla en que antes se sentara, dandole tal actitud un as-

pecto amenazador, y por lo mismo risible para quien no podia comprender lo que pasaba en aquel pecho. No es, pues, de extrañar que algunas risotadas contestaran más que á sus palabras, á su actitud, las que sin duda hicieron volver en sí á nuestro jóven, pues dejándose caer de nuevo y con el mayor abatimiento sobre su silla, murmuró para sí y como contestando á sus propios pensamientos:

—¡Necio de mí!... ¿con qué derecho?...

—Este hombre se ha escapado de Logaués, exclamó el llamado Rodolfo.

—¿Qué diablos vendrá á buscar entre esa caterva de escritorillos y gacetilleros?

—Una poca del hambre que á los tales sobra.

—¿Será algun confeccionador de mantiras?

—Alguno pedante con pretensiones de literato; su facha lo dice bien claro.

—A propósito de pedantes, exclamó el del Monte. ¿Conoce alguno de vosotros é

ha oído hablar de un librote titulado *El Buen Criterio y el Siglo XIX?*

—¿Qué demonios hemos de conocer? repusieron varios.

—Hombre, sí; contestó uno, en la tertulia de mi señor padre se celebra mucho ese libro, que es cuanto se puede decir en contra, no porque mi padre y sus amigos no entiendan las bellas letras, sino porque no andan con la civilización y están reñidos con la literatura moderna.

Si alguien hubiese preguntado al tal hablador qué entendía por literatura moderna, hubiera oído cosas buenas; pero nadie se lo preguntó, y el verdadero pedante quedó satisfecho de su oratoria.

—Pues, chico, daría un premio al que se encargara de quemar la edición del tal librito, repuso Luis.

—¿A tí qué te importa?

—Mucho, porque le sucede á mi primo lo que á tu padre.

—¡Hola! ¿También se las echa de literata?

—Se las echa de excéntrica, y porque no lo lee nadie, lo ha leído ella, y porque es malo, se le antoja bueno, en términos, que espero que concluya por segunda vez su lectura para arrojarlo á la chimenea.

—Pues con quemarlo sales del paso.

—No, por cierto, porque según dice, está deseando que su autor publique otra obra para entusiasmarse con ella como con la primera, y me disgusta que la dé por esta clase de libros, pues así pervierte su gusto literario.

—Entonces, lo más conveniente es quemar al autor.

—¡Oh, caramba! mejor le quemaría á él que al libro.

—Nada más fácil, caballero, respondió adelantándose hácia el baroncito el modesto jóven que tanto les diera que reír. Yo soy Enrique de Velasco, autor del libro en cuestión, y de otro próximo á publicarse, con que puede usted satisfacer su deseo cuando guste.

No era por cierto el valor la cualidad

predominaba en el primogénito de los barones del Monte: verdad que se le tenía por un espadachin de primera, gracias á los muchos desafíos que habia tenido, los cuales terminaron la mayor parte en casa de Lardhy, y como es uso y costumbre entre los jóvenes bien educados, y los más graves habian sido á primera sangre, como se ha dado en llamar, los cuales concluyen generalmente con un leve rasguño y un apretón de manos; de modo que al ponerse delante el ofendido joven con una serenidad incomprensible en el que momentos ántes dominara tan fuerte agitacion, no pudo ménos de sorprender al baroncito; mas reaciéndose instantáneamente, quiso imponérsele con los alardes de valor que tantos triunfos le diera, y contestó sonriéndose desdeñosamente:

— Quien escucha lo que no debe, suele oír lo que no quiere; esto le ha pasado á usted.

— Y toda maligna lengua suele encontrar su merecido; esto le pasará á usted.

— Cuidadito con la suya, si quiere conservar la en su sitio, repuso Luis con altanería. ¿Acaso ignoraba usted al publicar su libro, que cada lector era un juez que habia de fallarlo?

— No pretendo hablar del libro, porque desprecio el juicio que de él hagan personas como usted, y me resigno gustoso al fallo de las sensatas. Se trata de que desea usted quemarme, y yo, cual otro Isaac, acepto el sacrificio; mas para quemarme á mí, va usted á servir de combustible.

— No acostumbro á tolerar que ningun majadero, y ménos de la ralea de usted, se me insolente, con que bástele á usted mi desprecio si no quiere que ahora mismo le parta la cabeza de un silletazo.

A las bravatas del miserable baroncito, contesta Enrique de Velasco así:

Y uniendo la accion á la palabra, cogió el cuello de una botella en ademán de estrellarla contra su interlocutor; mas una mano de hierro asió fuertemente su muñe-

ca, y obligándole á abrir los dedos, estrellóse la botella en el pavimento.

Los numerosos espectadores de esta escena que ya se las prometían felices para sacar de ella el partido que á cada cual conviniera, apiñáronse para ver quién era el intruso, y se encontraron con un hombre alto, lleno de carnes, largas patillas rubias, elegantemente vestido, y con unos quevedos montados en oro sobre su bien cortada nariz, que sujetando al ofendido autor, le decía en mal español y puro acento inglés:

—Perdone usted, caballero, si le ruego que no dé tanta importancia á esa bagatela, y me preste atencion algunos momentos para tratar asuntos de mayor monta.

Aprovecharon este incidente los amigos del baroncito para tranquilizarle (lo que en honor de la verdad, no les fué difícil), mientras que algo repuesto de la sorpresa que debian causarle la accion y palabras del inglés, preguntaba el jóven escritor heroe de aquel melodrama:

—¿Y quién es usted para mezclarse en mis acciones?

—Vuelvo á rogarle que perdone usted mi atrevimiento; hace algunos dias que ando en busca de usted, y ahora que la casualidad me ha hecho oír tan cerea su nombre, he corrido hácia usted para cortar un altercado que podia, cuando ménos, retardar nuestro negocio.

—¿Puede saberse qué es lo que quiere usted de mí?

—Deseo hablarle de sus obras literarias, si tiene usted la amabilidad de escucharme.

—En ese caso, contestó Enrique, sin poder ocultar su turbacion, podemos ir á mi casa ó donde usted quiera.

—Aquí mismo, si á usted le parece, sobre no ser nada secreto, creo que nos entenderémos fácilmente.

—Como usted guste, dijo el jóven.

Volvió á tomar asiento despues de ofrecer otro al inglés, entre los escritores y periodistas, los cuales aguzaban disimula-

damente su oído por no perder una palabra de las que el inglés dijera. Y después de dirigir una singular mirada al baroncillo, que fué contestada con otra de desdenosa altanería, continuó dirigiéndose al extranjero:

—Estoy á sus órdenes.

—Deseo saber si es usted propietario de su obra titulada *El Buen Criterio y el Siglo XIX*.

—No, señor.

—¿Cometería usted la imprudencia de vender la propiedad?

—Sí, por cierto; ¿le interesa á usted acaso?

—Precisamente, pues como representante de la casa editorial de Eliot y Win Mül, de Inglaterra, estoy autorizado para comprar á cualquier precio el derecho de traducirla.

—En ese caso nada hay perdido, pues me reservé el derecho de traducción.

—Perfectamente, dispénsese usted otra

pregunta: ¿ha vendido usted la propiedad del segundo libro, que, según noticias, va usted á publicar?

—Estoy en tratos para venderla.

—Pues bien, caballero; yo se la compro á usted en la cantidad que la estime.

Enrique de Velasco, pálido, demacrado y humildemente vestido, iba tomando proporciones de gigante; nadie se reía ya. Tanto los escritores que le rodeaban, como los aristócratas á él vecinos, tenían fijas en él sus miradas, revelando distintos sentimientos ó igual admiración. El mismo Enrique no podía darse cuenta de lo que por él pasaba. Zumbábanle en los oídos las palabras del inglés como los ecos de lejana música que el viento nos trae en sus alas, y á cuyos suaves acordes suspendemos hasta el aliento por no perder una nota, y seguimos oyéndola aún después que se ha extinguido. Así Velasco nada contestó á las palabras del extranjero, porque continuaba escuchando lo que ya no oía; éste prosiguió:

—He tenido el honor de decir á usted que estoy dispuesto á satisfacer por su obra la cantidad que usted indique.

—La verdad, caballero, respondió turbado Enrique, y sin acertar con las palabras: soy español, y se resiente mi amor patrio de que un libro escrito para mi país pase á ser propiedad del extranjero.

Un murmullo de aprobacion dejóse oír entre los oyentes.

—Reflexione usted, continuó el inglés sin desconcertarse, cómo ha sido acogida su primera obra en España, y ya que no es posible por ésta, por la segunda le dará la Inglaterra lo que no le dará su país.

—¡Eso lo veremos! gritó una voz salida de un cuerpo transparente, y cuya cabeza, subiendo sobre el nivel de las demas, se adelantaba hácia nuestros interlocutores.

—Lo veremos, repuso el extranjero con la mayor sangre fría.

—Estoy dispuesto á comprarla en la cantidad que el señor de Velasco me indique.

—Yo estoy dispuesto á doblar la cantidad que cualquiera dé por ella.

La explosion de una bomba no hubiera producido sensacion más honda que estas últimas palabras. Por espacio de algunos minutos oyóse un sordo murmullo, parecido al del fiero vendaval azotando las ramas de los árboles, pues cada cual comentaba á su manera lo que habia oido, repitiéndose los cuchicheos en todas las mesas vecinas. Enrique de Velasco hacia esfuerzos supremos por parecer sereno, temiendo á cada instante que iba á perder el juicio. Calmóse algun tanto tan fuerte agitacion, y el afortunado autor exclamó dirigiéndose al editor español:

—Comprendo, señor Redondilla, que ahora le interesa á usted hacerse con mi libro, así que estoy dispuesto á cedérselo siempre que sus condiciones sean aceptables.

—Señor de Velasco, despues de lo ofrecido por el inglés, ninguna proposicion que yo haga puede serle á usted admisible.

— Caballero, murmuró un anciano de rostro venerable y plateada cabeza casi a oído de Velasco, escuche usted un consejo de padre. Presente usted el libro á la Real Academia y conserve su propiedad, pues con él se le abre á usted hoy una mina de oro, que puede explotar por su cuenta.

— Gracias, caballero, contestó Enrique apretándole cordialmente la mano; seguiré su consejo, pues le juzgo muy acertado; y dirigiéndose á los editores continuó: señores, he resuelto ser el propietario de mi obra.

— Muy bien, dijo el impasible inglés, me venderá usted el permiso para traducir las dos?

Quedóse Enrique breves segundos pensativo, procurando no dejar traslucir la fiera lucha que sostenían su orgullo y su pobreza, y contestó luego:

— Concedo á usted el permiso que de mí solicita.

Inclinóse profundamente al inglés y repuso:

— No me ha comprendido usted; que le dé usted permiso á mi país para que la traduzca, y se lo dé usted mañana á otra nación, no nos tiene cuenta.

— Entonces . . .

— Se trata de que por lo ménos en algunos años seámos nosotros los únicos extranjeros autorizados para traducirla; es un negocio como otro cualquiera, que creo nos conviene á entrambos.

— En ese caso, me permitirá usted que lo medite.

— ¿Cuándo podré saber su contestacion?

— Dentro de tres dias sírvase usted pasar por mi casa, díjole el jóven entregándole una tarjeta.

Correspondióle con otra el inglés, diciéndole:

— Esta es la suya, por si ántes desea usted verme:

Separóse el extranjero; los espectadores de aquella escena quedaron haciendo mil comentarios sobre lo que acababan de oír, y el afortunado escritor, despues de salu-

dar á sus compañeros de mesa, dirigió al confundido baroncito estas palabras:

—No tengo fama de espadachin, ni busco jamas rencillas, mas si llega el caso, ni mi pié retrocede, ni mi pulso tiembla.

—Eso lo veremos.

—No creo llegada la ocasion de ponernos frente á frente, y le juzgo sobrado sensato para provocar un lance á tontas y á locas, con lo que solo se consigue rebajar nuestra buena opinion ante la sociedad. He hecho á usted esta advertencia para que en todo tiempo y ocasion me considere un adversario digno de usted.

Y salió dignamente del café sin dar tiempo á que le contestara.

A medida de su elevacion, crecian las voces y clamores que empezaron por murmullos al aparecer el precioso volumen, y procurando indagar de do salian, vió apiñada á sus piés elegante muchedumbre compuesta de todos aquellos que le miraban por encima del hombro y se reian de él á hurtadillas, vitorearle ahora frenéticamente agitando en el aire sus sombreros y pañuelos, levantarse sobre la punta de los piés para tenderle la mano y disputarse acaloradamente los derechos que cada uno tenia para llamarse con más razon su amigo. Apartó con repugnancia la vista de tan mezquino cuadro, tropezando con un segundo más bello y halagador para otro que no fuera nuestro heroe. Semejante á un provisto invernáculo de irguieran sus frescos tallos las más lindas flores de la creacion, habia reunidas infinidad de mujeres, todas jóvenes, todas bellas, cuyos ojos vivos ó lánguidos, azules ó negros, estaban fijos en él, y sus diminutas y alabastrinas manos le aplaudian con el mayor entusiasmo, dán-

dole á entender con sus coqueterías unas, y sus significativas miradas otras, que era el objeto de su predilección; mas cuando tan seductor solo consiguió del jóven un triste suspiro, mientras de él apartaba los ojos elevándolos al cielo como buscando otra clase de belleza de la que ante ellos se ofrecía, y hubo de fijarlos estático en un sér de diáfana blancura que hacía él iba descendiendo, y cuyo velo ligero y transparente, flotaba á merced de perfumada brisa. Levantó Enrique los brazos para ayudarla en su descenso, mas detúvose el hermoso fantasma á la altura de ellos. Dejólos caer con desaliento, juntó las manos en actitud suplicante, y la aérea figura siguió majestuosamente su descenso hasta el jóven, y sacando de entre los pliegües de su blanca túnica una brillante corona de laurel, se la ciñó en las sienes.

Cayó Enrique de rodillas, palpitando el corazón cual si quisiese saltarse del pecho, y unos torneados brazos le estrecharon suavemente contra un blando seno, en

el que sintió unos latidos tan violentos como los suyos, y una voz dulce como la primera brisa de una mañana de Mayo, murmuró en sus oídos:

— ¡Te amo!

Delirante y ciego de felicidad, osó levantar la punta del velo en que la figura se recataba, y un agudo grito mezclado con un nombre salió de sus labios, encontrándose de pronto en los brazos de su madre que le decía:

— Despierta, hijo de mi alma, despierta.

Todo habia desaparecido; Enrique estaba en su modesta cama, agitado y calenturiento; su buena madre, á su lado, apretábase con la suya su convulsa mano, mientras con la otra le secaba el sudor que corría por su frente.

— Madre mía, pudo balbucear el jóven.

— ¡Pobre Enrique! ¿es posible que ni en el sueño puedas encontrar reposo?

— ¡Oh, no diga usted eso, si supiera usted cuán feliz he sido!

—¿Porque la has soñado?... ¡pobre hijo mio!

—Sí, era ella, era Adriana la que, estrechándome contra su corazón, me ha dicho «yo te amo.»

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró la infeliz madre, en mala hora conocimos á esa mujer; ¡cuántas desazones va á costarnos!...

—Basta, querida madre, dijo el jóven recobrando su firmeza, no hablemos de eso. Ahora, si usted me lo permite, me levantaré, pues presumo que he dormido más de lo acostumbrado.

—Efectivamente, contestó doña Cármen.

—Serénese usted, madre de mi alma; ha sido un sueño desvanecido por la realidad, ante la cual estoy frente á frente y con la que tengo que luchar á brazo partido. Seque usted sus ojos, abráceme, y tenga la bondad de prepararme el desayuno, pues me espera el editor ántes de ir á la imprenta.

—Estrechó doña Cármen á su hijo con-

tra su corazón, depositó un tierno beso en su frente y salió de la alcoba.

—¡Ha sido un sueño!... murmuró Enrique en cuanto se vió solo; ¿por qué me ha despertado mi madre? era tan feliz soñando en la realidad de todas mis aspiraciones, que por no volver á la de mis desdichas, hubiese querido no despertar jamas.... ¡Oh, perdon, madre mia, ¿qué sería de tí sin tu hijo?

Y sacudiendo la cabeza cual si quisiese alejar de ella todos sus pensamientos, empezó á vestirse.